



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11768

REGIÓNS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SÁBADO 26 DE ENERO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA SEGURIDAD INDIVIDUAL

Raro es el día que no viene la prensa murciana lamentándose del estado de alarma en que tienen á aquella población las demasías de la gente maleante; no hace mucho tiempo, en vista de las ningunas garantías que allí tenía la seguridad individual, se verificó una reunión para esgrimir los medios de precaverse de atropellos y agresiones que parecen estar allí a la orden del día.

No es Murcia sola la que padece esa epidemia de gente «non saqueta»; basta leer la prensa para convencerse, pues un día sí y otro también, dá cuenta de numerosos accidentes en los que entran como principales factores la navaja de Albacete y el revolver Smith.

A la vista tenemos «El Imparcial» de ayer, en cuya sección titulada «El día en provincias» encontramos un crimen misterioso perpetrado en la bodega de una casa de Abades (Segovia), del que han sido víctimas dos infelices conyuges; un muerto encontrado en un camino de la provincia de Zaragoza, cuyo autor parece haberse lo tragado la tierra; un muerto y un herido grave en Lugo, cuyo autor se ha eclipsado; un novio, vecino de Linares, que enfurecido porque su novia asistió a una fiesta le dio de puñaladas; un robo en Bilbao y un atraco en Murcia.

Si de los periodistas de la capital de la nación pasamos á los de provincias, no dejaríamos descansar la mano, pues hay tela cortada para muchas columnas Asesinatos, homicidios, robos, hurtos, atracos, riñas, sucesos todos que están acusando una falta de seguridad que no responde a lo que el contribuyente paga para que se le garantice la hacienda y la vida.

La crónica negra proluce impresiones tristísimas; ella dice que no está bien protegido el hombre honrado y que vive á merced del primer camorrista que se encuentre al paso ó del primer ratero que cruza su camino.

Por decoro es preciso que esa inseguridad desaparezca si no se quiere que cada ciudadano se encargue de su propia defensa.

BUEN PENSAMIENTO

El movimiento de concentración va tomando cada día mayores vuelos. El individuo, comprendiendo que el aislamiento lo anula y que la unión le presta fuerzas que por sí solo no puede desarrollar, busca al individuo para asociarse á él á fin de ayudarse.

Los obreros se agrupan por oficios para defender sus intereses; los industriales se reúnen por gremios para defenderse mutuamente las cuotas de contribución; los médicos y farmacéuticos se unen para evitar las intrusiones de la gente indóctos; los periodistas, los empleados del comercio y otras muchas clases se asocian con objeto de buscar por el ahorro el pan de la vejez, ese pan que resulta «magnífico» cuando agotada la fuerza del cerebro ó de los brazos hay que solicitarlo de la caridad.

Los artistas dramáticos y líricos han pensado también en el terrible enigma que encierra el porvenir; la experiencia del compañero que pide limosna ó muere en un asilo, los ha impulsado á unirse también para ayudarse y ya se han asociado constituyendo la «Asociación de artistas dramáticos y líricos españoles», la cual viene dedicada desde el 23 de Diciembre pasado á la organización de la misma y á la busca de recursos para atender á los primeros gastos de instalación.

Rindiendo un tributo al talento y buscando protección valiosa, la asociación se ha colocado bajo la presidencia honoraria del famoso primer actor Sr. Díaz de Mendoza y éste, poniéndose á su vez á la altura del honor recibido, ha brindado desde el primer momento protección á la nascente sociedad. A él debe

esta el primer ospital con que cuenta, formado con los productos de una función de beneficio dada en el Teatro Español de Madrid por la compañía dramática que dirige la señora Guerrero.

Como la «Asociación de la Prensa» para los periodistas, la «Asociación de artistas dramáticos y líricos españoles» ha de ser para éstos una defensora de sus intereses, una salvaguardia contra los abusos de las empresas y un consuelo grandísimo cuando llegados á la edad en que las fuerzas se rinden no queda otro refugio que el asilo ó el hospital.

Hace pocos días ha llegado hasta nosotros la noticia de que D. Rosendo Dalmau, aquel tenor de zarzuela que en sus tiempos felices cosechaba grandísimos aplausos, vivía pobremente en un asilo, enfermo y viejo, mientras su familia arrastraba su miseria por las calles de Madrid.

La asociación de que nos ocupamos tiende á evitar esas catástrofes y por ello es digna de que la sostengan los millares de españoles que en los teatros nacionales se dedican á la lírica ó á la declamación.

La cuota de los asociados no puede ser más módica: dos pesetas mensuales, con las cuales se puede adquirir el derecho de no morir de hambre.

La comisión organizadora ha dado cuenta de sus trabajos y ha publicado una Memoria referente á los mismos, de cuyo documento hemos recibido un ejemplar.

La dama blanca de Stokolmo

La alta sociedad y la prensa de Suecia se ocupan en estos días de la famosa Dama blanca del palacio real de Stokolmo, que al parecer ha efectuado su desaparición.

El pastor R. Wadstroem ha publicado en estos últimos días una serie de interesantes y anécdotas relativas á la terrible dama, quien según la leyenda, recorre silenciosamente durante la noche los salones del real palacio y hace mal de ojo á quien tiene la desgracia de encontrarla.

La difunta princesa Eugenia, hermana del rey Oscar, vió cierta noche á la Dama blanca.

Las trazas de ésta nada tienen de repulsivas, según refirió la princesa, era alta, esbelta, y su rostro mostraba gran distinción.

El espectro vestía un traje de seda blanca adornado con encajes y se hallaba colocado bajo una gran araña encendida.

La Dama blanca no dijo palabra; se limitó á mirar con expresión iracunda á la princesa, y ésta huyó medio loca de terror.

Pocos días después de esta aparición falleció la desgraciada reina Luisa, y su muerte se interpretaba por la Corte como confirmación indubitable de la leyenda.

La aristocracia sueca cree como en artículo de fe en la aparición de la ya mencionada Dama blanca y en los fantásticos relatos del citado pastor Wadstroem.

Lo cierto es, desgraciadamente, que el octogenario rey de Suecia se encuentra en muy grave peligro de muerte, y que la princesa Sofia, achacosa y enferma desde hace ya muchos años, no puede soportar por más tiempo el rudo clima del Norte, y se ve obligada á emprender un largo viaje al Mediodía de Europa.

La princesa heredera Victoria se encuentra igualmente en delicado estado de salud, y en cuanto al príncipe Eugenio, el hijo menor del soberano, se resiente de la grave enfermedad que le aquejó la pasada primavera, y reside actualmente en una región aislada y desierta.

EL MAESTRO ROGEL

A la avanzada edad de setenta y tres años y á causa de dolencia breve, ha dejado de existir nuestro respetable y querido amigo el notable compositor musical D. José Rogel.

El afamado músico personificaba una época en la que sus producciones hicieron verdadero furor: aquella de los bufos, en la que hizo popular su nombre en los principales teatros de España.

El maestro Rogel fue compositor fecundísimo y de ello dá buena muestra la larga lista de sus obras. La primera á que puso música fué «La casa roja»

de D. Enrique Pérez Escribá; la última en que puso la mano, fue «Era de noche... y llovía», de nuestro compañero Julio Hernández.

Entre las obras que concurrió y que tuvieron éxito grandioso donde quiera que se pusieron, figura «El Joven Telémaco», que refundida ha poco por el autor del libro, D. Erasmo Blasco, ha cosechado recientemente nuevos aplausos para el viejo maestro, y que á la sazón, esta misma noche, se pone en la Zarzuela de Madrid; «Las amazonas del Tormes» que obtuvo en su tiempo éxito grandísimo; «La vuelta al mundo», no menos celebrada y aplaudida; «El último figurín», «Pablo y Virginia», «Canto de Angeles», «Cuento de hadas», «Dos truchas en seco», «Un palomino atontado», «Cuatro soldados y un caballo», «Despierta y dormida», «Doña Casimira», «El que siembra recoje», «La epístola de San Pablo», «Las cartas de Rosalia», «Las tres Marias», «Los peregrinos», «Cinco semanas en globo», «El hábito no hace al monje», «Francifredo», «Lola», «El conde y el condeado», «El Rey Midas», «El suplicio de un hombre», «Los órganos de Móstoles», «Los infiernos de Madrid», «¡Vivan las caenas!», «Un viaje de mil dominos».

Desde hace mucho tiempo; desde que por motivos de salud vino á vivir á este templado rincón de la región murciana, trabajaba poco, pero no dejó nunca de ocuparse del teatro, palenque de sus triunfos. Los extremos le atraían y al día siguiente de hacerse una obra nueva teníamos segura la visita del maestro Rogel para darnos su opinión sobre la música.

El fecundo maestro era tan buen compositor como buen hombre, y con eso están justificados los aplausos que cosechó en su día y el respeto, consideración y cariño con que se le miraba.

Que Dios lo acoja en su seno de misericordia y dé á su familia consuelos en su tribulación.

El entierro del popular maestro se ha verificado á las tres de esta tarde, habiendo asistido al fúnebre acto concurrencia numerosísima que ha puesto de manifiesto las simpatías que el finado gozaba en Cartagena.

El féretro ha sido pasado por los teatros Circo y Principal, en los cuales las respectivas compañías esperaban para

«¡No descargas sus iras en nosotros!» Pero, también le comparaban á un caballo con espavantes. En otro tiempo lo veía á todo, iba á ver los campos, el molino de granos y el de aceite; daba un vistazo á las chizas de los campesinos; todo el mundo conocía su «drojki» de carrera, forrado de terciopelo rojo y tirado por un gran caballo de la famosa yeguada, el cual tenía una gran estrella en la frente y á quien se le llamaba «Linterna». Teleguín lo guiaba él mismo, arriando á las mulas y los cabos de las riendas. Pero cuando cumplió setenta años, el viejo renunció á todo aquello; confió la dirección de su hacienda al bailío Antip, á quien tenía un poquillo en sus adentros, le llamaba Micromegas (recuerdo del tiempo de Voltaire), ó sencillamente «bandido».

—Vamos, bandido, ¿qué hay de nuevo? ¿Has abarrotado bien tu granero?—le decía algunas veces, sonriéndose y mirándole entre ojos.

—Todo lo que tengo proviene de la bondad de usted—respondía alegremente Antip.

—Mi bondad, mi bondad, está muy bien... pero, ten cuidado, Micromegas; no se te ocurra tocar ni con la punta de los dedos á mis súbditos «de fuera». Si los aldeanos se quejan, ¿ves este bastón de caña? ¡Pues trabarás conocimiento con él!

—Jamás olvido la caña de V., padrecito Alexis

ahora. Mira, he mantenido postas á mis expensas, he comprado á los juicios en autos y libros, he tenido gausas tan hermosas como las de Mukhanof, auténticos premios votados con paja de color de arcilla... ¡He tenido de todo! Sin embargo, nunca tuve afición á los pecos, porque eso camina á la par de la embriaguez, del beber y de la granjería. He sido fogoso, indomable. ¡Hoy me temo que ver que un Teleguín no fuera el primer en morir! ¡Y qué magnífica niega tenía yo! ¡Y de dónde crecerás que procedían mis caballos? De las célebres yeguas del tsar Iúán Alejeiev, hermano de Pedro el Grande. ¡Lo mismo que te lo digo! Todos mis caballos padres eran de pelo azabán tostado; las crines les bajaban hasta las rodillas y las coas hasta el suelo... ¡unos verdaderos leones! Y todo esto ha desaparecido y ha bruto la tierra encima. ¡Verdad de vanidades, todo vanidad! Después de todo, ¿para qué sirve echarlo de menos? Cada hombre tiene señalado su destino. No se puede volar más alto que el cielo, ni vivir dentro del agua, ni evitar haberse algún día debajo de tierra. ¡Tratemos de vivir lo mejor que se pueda!

Y el viejo buen hombre volvía á sonreírse, sorbiendo un polvo de rapé.

Amábale los labriegos: «Es un buen barón.—de»

—Teleguín era muy piadoso; y, aunque con gran trabajo, frecuentaba la iglesia.

No era supersticioso; burlábase de la creencia en los presagios, del mal de ojo y otras «incongruencias»; sin embargo, no le gustaba que una liebre cruzase el camino delante de él, el encuentro de un pope no le resultaba del todo grato. Por supuesto, eso no le impedía ser muy respetuoso para con los popes, acercarse á ellos para recibir su bendición y hasta besarles la mano cada vez; pero no tenía mucho gusto en hablar con ellos.

—Exhalan un olor demasiado fuerte,—me explicaba;—y yo, pecador, me he vuelto delgado, más de lo razonable; llevan el cabello largo, que no acaba nunca, y echorreando aceite; se lo peinan en abanico y se figuran con eso expresarme su respeto; hacen terribles «hum!» mientras les hablo, lo cual me da timidez, ó acaso, más bien, una manera de liason-jarme? Y luego, me recuerdan mi última hora. ¡Y á fé mía, bien ó mal, aún tengo ganas de vivir! Sólo que, hombrecito, no repitas estas palabras, respecto al clero; los imbéciles son los únicos que no lo respetan. Y, á la edad que tengo, hago muy mal en decir tales pataratas.

Había recibido una instrucción muy escasa, como todos los hidalgos de aquel tiempo; pero, había lle-